

Hacia una pastoral de la Misericordia

Hacer de la misericordia objeto de nuestra reflexión es como ir a la fuente, al núcleo de nuestra fe. Y, en este sentido, recuerdo aquí la invitación que se intuye en la exhortación Evangelii Gaudium del Papa Francisco, que nos anima a recuperar la frescura del Evangelio y a concentrar el anuncio en lo esencial, en el núcleo, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo, y al mismo tiempo lo más necesario.
[Cf. EG nn. 11, 35, 37 y 39]

Así pues, este tema es no sólo oportuno: es toda una oportunidad que nos sitúa en el centro de nuestra fe, y que nos invita a preguntarnos

qué consecuencias tiene para nuestra vida creyente en general, y para nuestro quehacer pastoral en particular, el anuncio del amor misericordioso de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo.

Pero antes de entrar en la reflexión propiamente pastoral, conviene recordar cómo es Jesús transparencia de la misericordia de Dios, cómo Él nos desvela a un Dios que se ha ido dando a conocer no como un ser impasible o estático, sino como Alguien que-se-conmueve y nos-conmueve.

1 El Dios que se /nos conmueve: "He visto la aflicción . . . He oído el clamor"

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la Biblia nos narra la historia de la misericordia entrañable de Dios que se nos desvela infinitamente en Jesús de Nazaret, en su vida, muerte y resurrección.

El pueblo de Israel fue descubriendo y aprendiendo de Dios que hay una experiencia fundante y central que encontramos narrada en el libro del Éxodo: la experiencia de que ellos fueron esclavos en Egipto, que Dios se **conmovió** y los liberó de la esclavitud.

"He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel (...) El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí, he visto también la opresión a que los egipcios los someten. Ve, pues, yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas" (Cf. Ex 3. 7-10)

A Dios le conmueve el clamor y la aflicción del pueblo: conoce sus angustias, ha visto el sufrimiento, ha escuchado su clamor, y quiere implicarse en la liberación de su pueblo, para lo cual elige a Moisés.

Este acontecimiento liberador condensa la experiencia de Israel: el Dios que lo eligió como pueblo suyo, que hizo con él una Alianza, que lo libró de la esclavitud; es, sobre todo, un Dios afectado por la suerte de su pueblo, es un Dios misericordioso y compasivo. Y su misericordia tiene una dimensión encarnadamente concreta: es una apuesta por la vida, por la vida digna y libre, buena y feliz para todos; por eso se vuelve

especialmente hacia aquellos cuya dignidad y felicidad están más amenazadas.

El pueblo también aprendió que responder a ese proyecto de Dios para ellos, como personas y como pueblo, entrañaba un compromiso. ¿Qué hay que hacer para estar en relación con Dios?, ¿de qué manera tiene sentido darle culto? Pues comportándose como Dios se comportó con ellos cuando eran esclavos. De ahí el estribillo que se repite incansablemente en las páginas del Antiguo Testamento, de la atención "al pobre, al huérfano, a la viuda, los más débiles y vulnerables de aquellos tiempos. De ahí la voz de los profetas que denuncian el que se dé culto a Dios mientras se silencia la voz de aquellos por quien Dios se preocupa especialmente.

Ante las infidelidades o el pecado de su pueblo, Dios no puede abandonarlo a su suerte porque su corazón se conmueve como el corazón de una madre por su hijo: "Cuando Israel era un niño, yo lo amé (...) yo enseñé a andar a Efraím (...) con cuerdas de ternura con lazos de amor, los atraía; fui para ellos como quien alza a un niño hasta sus mejillas y se inclina hasta él para darle de comer (...) El corazón me da un vuelco, todas mis entrañas se estremecen" (Os 11, 1-8) Dios siempre ofrece su perdón y la posibilidad de un nuevo comienzo.

Israel experimentó muchas veces que este Dios, le desconcertaba y que no encajaba en sus esquemas. En este pueblo tenemos que situar a Jesús de Nazaret quien desvela y hace transparente de forma plena y definitiva esta imagen del Dios compasivo y misericordioso presentada por Israel.

2 Jesús, transparencia del Dios que se/nos conmueve

Jesús tuvo una experiencia absolutamente única y singular de Dios, descubierto ante todo como amor incondicional, y recuerdan también que Él se entendió a sí mismo, sobre todo, como Hijo amado por ese Dios entrañable. Esta experiencia será la que configure su vida y su proyecto: transparentar la presencia actuante y salvadora de Dios, descubierto como misericordia.

¿Cómo es Jesús transparencia del Dios misericordioso? Haciéndose “misericordia en acción”.

1. En su modo de ser y actuar.
2. En sus gestos y palabras.
3. En su modo de relacionarse.
4. En los lugares donde se dirige.

Un Dios que se mueve

La itinerancia es un rasgo fundamental de Jesús. Él se mueve entre los lugares cotidianos de las personas, llega a sus pueblos, a sus casas, camina junto al lago, recorre los caminos de Galilea, se desplaza a Judea... El Dios que Jesús hace presente no está atado ni encerrado: no está atado a condiciones para salir al encuentro de la gente, ni está encerrado en los límites cerrados y sagrados de determinados lugares.

Un Dios que sale al encuentro

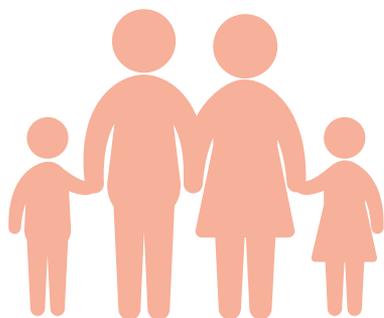
En estos desplazamientos, Jesús se encuentra y entra en relación con todo tipo de personas: con pobres y con ricos, con sanos y enfermos, con justos y pecadores, con gente considerada pura y con gente considerada impura. A todos, sin excepción, les ofrece y anuncia la buena noticia del Reino de Dios, de ese Dios –Abbá, experimentado por él como amor, experimentado como Padre que ofrece a todos una vida digna y feliz, buena y justa; y todo esto, especialmente, a quienes más lo necesitan.

¿Y por qué especialmente a quienes más lo necesitan? Pues justamente por eso: porque son los que más lo necesitan y así es la bondad de Dios; porque Dios es amor y el amor nunca es imparcial; imparcial; porque Dios es como un Padre bueno a quien se le va el corazón detrás de sus hijos más necesitados. De ahí que esa Buena Noticia de Jesús, ofrecida a todos, tiene unos destinatarios privilegiados, y Jesús hace de ellos el distintivo de su misión: *“El espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar la vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos...”* (Lc 4, 18).

Los destinatarios privilegiados

Estos destinatarios privilegiados del anuncio de Jesús son los hombres y las mujeres de las periferias, de las periferias de su tiempo que son, a la vez, sociales y religiosas. Hombres y mujeres que son víctimas de una sociedad injusta y desigual, que viven en la desesperanza de la pobreza, que viven en la marginación social, y que sienten que no cumplen ni pueden cumplir las condiciones para encontrarse con Dios.

Para todos ellos el anuncio del Reino consiste en la afirmación de que Dios no tolera ni justifica su situación, que ellos tienen un lugar privilegiado en su corazón de Padre y que Dios quiere revertir su situación.



La espiritualidad lasallista es, por tanto, una espiritualidad relacional. Respondió a las necesidades de los pobres de su tiempo, adaptando numerosos elementos de la espiritualidad francesa contemporánea, específicamente para sus maestros, y les dio un sistema que abarcaba el misterio de Dios presente y activo en los jóvenes que poblaban sus escuelas.

(Cf. Michael Meister, Espiritualidad lasallista para educadores)

Se conmueven las entrañas

Este anuncio se hace visible, especialmente, en la calidad de los encuentros de Jesús, en el tipo de relaciones que establece y en las consecuencias que el encuentro tiene para la vida de aquellas personas.

Los encuentros de Jesús están cargados de una profunda humanidad y marcados por la gratuidad y la cercanía.

Jesús es transparencia de la misericordia de Dios, cómo Él nos desvela a un Dios que se ha ido dando a conocer no como un ser impassible o estático, sino como Alguien que se conmueve y nos conmueve.

La compasión se hace gesto

Y porque Dios quiere revertir esa situación sufriente y dolorida, de las entrañas conmovidas de Jesús surgen siempre gestos concretos que son signos del Reino: gestos de sanación de lo que enferma y paraliza, gestos de liberación de lo que aísla y excluye, gestos que no sólo no generan servidumbre, sino que devuelven y restituyen la dignidad, e incluso, en muchas ocasiones, incluyen la invitación al seguimiento, la invitación a formar parte del grupo de seguidores.

Signo del Reino es también la comunión de mesa que Jesús ofrece a los pecadores, como gesto del perdón incondicional que hace posible la conversión, que dinamiza la transformación personal, que permite a las personas movilizar sus mejores energías y comenzar de nuevo.

La misericordia en Jesús, es siempre una misericordia generadora de vida: genera acogida, sanación y liberación. Una misericordia que se moviliza ante todo aquello que ata y oprime al ser humano: el pecado y el dolor, la injusticia y la mentira, la opresión y la muerte.

3 **Hacia una pastoral de la misericordia:** Algunas pistas concretas

• **Una pastoral de la misericordia** que acompaña los procesos de construcción personal

Una pastoral de la misericordia tiene que ver con que las personas nos sientan como compañeros en los procesos de búsqueda y construcción de la propia identidad. Unos procesos que hoy se alargan, no son lineales, se construyen dentro de sociedades plurales, y, en ocasiones, en contextos familiares de mucho desamparo.

A estas personas que buscan no tanto verdades cuanto experimentar lo verdadero, no basta con decirles "Dios te ama y te acoge como eres";

es necesario que experimenten en sí mismas qué significa vivir ese amor y esa acogida.

Muchas veces la primera noticia que tienen las personas de un Dios misericordioso somos nosotros mismos: nuestra manera de mirarles y de escucharles. Pero no se trata de hacerles dependientes de nuestra mirada, de ahí la importancia de ofrecerles experiencias que posibiliten el encuentro en profundidad con ellos mismos, espacios donde la persona aprenda a

mirarse y a escucharse con honradez y lucidez, experiencias que le permitan nombrar sus posibilidades y también sus carencias, los éxitos y también los fracasos, las ilusiones y también la frustración. Experiencias que adentren en la aceptación de los límites y en el descubrimiento de las capacidades. Se trata de que la persona se experimenta como valioso por lo que es, y no por lo que tiene o por lo que sabe o por lo que consigue.

Una persona así está más capacitada para reconocer al Dios que le habita, que le ama incondicionalmente como es y que alienta sus mejores deseos.

• Una pastoral de la misericordia que visibiliza y celebra el perdón recibido y otorgado

Muy relacionado con lo anterior, es importante también prestar atención a las experiencias de fragilidad, de límite y de pecado que afloran en el entramado de la vida cotidiana, para ofrecer desde ellas y a partir de ellas, experiencias concretas en las que la misericordia se vive como perdón: como perdón que damos y recibimos.

En este proceso de adentramiento que proponemos a las personas, además del autoconocimiento y la autoaceptación, hay también otros aprendizajes que hacer y que de hecho ofrecemos, como son la capacidad de escucha y de empatía. Es verdad que la capacidad empática se trabaja hoy desde muchos frentes, porque es una de esas habilidades profesionales que el mercado demanda. Aquí lo que la pastoral aporta se sitúa en el nivel de las motivaciones: queremos afinar nuestra capacidad de escucha y de empatía para mejor hacernos cargo del otro, de aquel de quien estoy llamado a hacerme prójimo.

Experiencias que afloran en ese “¿Qué hago conmigo o qué hago con el otro?”, “¿me resigno, me peleo, le vuelvo la espalda a esta experiencia que me incomoda?”. El perdón es una alternativa nueva a estas tres posibilidades: el perdón no es resignarse, no es el empeño estéril porque los demás respondan a mis expectativas, no es olvidar sin más lo que ha pasado. El perdón es arriesgarse a vivir desde otra lógica, desde la lógica de la misericordia, desde la lógica del amor que posibilita y pide un nuevo comienzo.

Desde la experiencia del dar y recibir perdón, de nuevo, estamos más capacitados para reconocer que es Dios quien visita y sana aquello que nosotros no podemos sanar, que Dios es misericordia que borra de raíz el mal y nos permite empezar de nuevo porque el suyo es un perdón incondicional y gratuito.



• Una pastoral de la misericordia que lee e interpreta la realidad desde los últimos

Es verdad que hoy la realidad es muy compleja. No es fácil, como en la parábola del Buen samaritano, señalar a los asaltantes y bandidos que dejaron al hombre tirado en el borde del camino. Pero basta un mínimo de sentido común para saber que “alguna razón tiene que haber” para que, en nuestro mundo, lejano y cercano, la desigualdad, la exclusión y la pobreza sean hechos de dimensiones ineludibles. Hay discursos –bien estructurados– que nos hablan de que esto es “inevitable” y de este modo justifican lo que hay: nos hablan de la lógica de los mercados, de la dinámica de la globalización, de los flujos financieros... Discursos ante los que nos podemos sentir abrumados por la complejidad que entrañan. Pero, en cualquier caso, vale aquí como criterio aquello que dice el Papa: que los aparatos conceptuales están para favorecer el contacto con la realidad que pretenden explicar y no para alejarnos de ella (EG 194), y mucho menos –se puede añadir– para justificar la imposibilidad de que las cosas sean de otra manera.

Es verdad que no es fácil hoy analizar la realidad. Pero nuestra lectura de la realidad tiene que partir, al menos, de una manera de nombrar las cosas que no contribuya a “invisibilizar” a los que están al borde del camino (no es lo mismo, por ejemplo, hablar de “indocumentados”, de “sin papeles” que de personas –hermanos y hermanas– en busca de un futuro más digno; no es lo mismo hablar de pobres que de personas en situación de pobreza; no es lo mismo hablar de víctimas que de efectos colaterales...).

Es importante, por tanto, ayudar a las personas a ser capaces de llevar a cabo una lectura creyente de la realidad que sea lúcida y crítica: una lectura que parte de la mirada a la realidad (VER), que ilumina lo que ve desde los criterios del evangelio (JUZGAR) y que, finalmente, se concreta en gestos del Reino (ACTUAR).

• Una pastoral de la misericordia que invita a hacer experiencias de proximidad

Que estas experiencias se puedan dar a través de la participación en un voluntariado, en una colaboración con determinadas instituciones, en la dinamización de determinadas campañas, o en el entramado de las relaciones cotidianas donde con tanta frecuencia convivimos con situaciones de pobreza y de exclusión, será algo que cada grupo deberá discernir. Pero el horizonte es –como señalábamos antes– abrir espacios para tejer

relaciones gratuitas, cruzar fronteras hacia el otro, y tener, en definitiva, **experiencia** del encuentro que aproxima. Y cuando decimos que hemos tenido una experiencia, siempre narramos algo que, de alguna manera nos ha transformado el corazón, bien porque nos ha hecho descubrir algo nuevo, bien porque ha puesto en crisis algo en nuestro modo de pensar y valorar, bien porque ha generado en nosotros deseos nuevos, etc. Cuando alguien habla de una experiencia va mucho más allá de una descripción objetiva del acontecimiento vivido. Cuando se vive una experiencia se pueden abrir preguntas, se pueden consolidar decisiones, se pueden abrir horizontes nuevos...

Por eso no se trata de invitar a los jóvenes con los que estamos a una especie de "turismo solidario" que intente activar la compasión. Para hacer esta propuesta a los jóvenes tienen que existir comunidades cristianas comprometidas con los pobres que inviten y convoquen a la experiencia de dejarse "tocar por el otro"; una experiencia a la que hay que iniciar, en la que hay que permanecer y que se debe acompañar.

Termino ya estas páginas con la invitación a que hagamos nuestra esta certeza del Papa Francisco: que cada vez que volvemos a la fuente, al núcleo del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión y palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En esta fuente y en este núcleo encontramos el anuncio de un Dios misericordioso que se hace don, un don que hemos recibido y que es el mayor regalo que podemos hacer a nuestra sociedad y a nuestro mundo.

